

culado apellido capaz de verificar tal milagro.

—Pueda yo corresponder a tanta bondad entregando pronto dividida la Comunidad!

La Dirección de *Eco de Oriente*, siempre lista a servir los intereses de los asociados, admitió el cargo de depositaria del libro donde se hallan detallados los títulos de los comuneros de Villavicencio a que se refieren las escrituras otorgadas, y bondadosamente se obliga a mostrarlo a quienes deseen consultarlos.

Reciba ella también mis demostraciones de gratitud.

SERGIO CONVERS C.

Carambola

El Conde de Melgar, en el opúsculo que viene publicado con el rubro: «En desagravio», expone una de las razones porque los españoles no pueden ser aliados: y es esta: *La participación de las tropas de color en la contienda mundial de ahora*. Cito las palabras del texto:

«Hace tiempo recibí por el correo de Barcelona una tarjeta postal en la que aparecían multitud de soldados negros y amarillos sirviendo en los ejércitos aliados, y debajo alguien había escrito: «Ahí tiene usted a los defensores de la civilización, sus amigos». Y como la tarjeta no venía firmada, mando aquí la respuesta a mi anónimo corresponsal, que era a todas luces un mocoso al que no han acabado de salir todavía, no digo las barbas en la cara, sino los dientes en la boca.»

El Secretario de Don Carlos convertido a la causa de los Franceses sigue parando el golpe del adversario con la siguiente respuesta:

«No hables de lo que no entiendes,

inocente mancebo. El empleo de las tropas de color, lejos de ser bárbaro, es un acto de prudencia y de justicia y obedece a la idea, altamente moral, de que hay que defender ante todo las civilizaciones superiores, y si hay que sacrificar algo, que sean más bien representantes de las culturas inferiores. La muerte de un Carlos Pégué es mil veces más sensible que la desaparición de una tribu de senegaleses.

«Nada más lícito, nada más plausible, nada sirve mejor a la civilización que el emplear esas razas inferiores en la guerra, siempre que se las utilice simplemente como instrumento a la manera que se utilizan los mulos de las baterías o los proyectiles de los cañones. Terminará el sangriento drama y esos amarillos y esos negros volverán a sus soledades a ser lo que eran antes, cabezas de ganado, y a vegetar obscuramente sin que por asomo se ocurra a los aliados el disparate o el crimen de llamarlos a compartir la gobernación del mundo.»

Al oír principios tan extravagantes en boca de una persona como el caudillo carlista, algún otro anónimo, si no el mismo, exclamó:

«Eso es groseramente materialista, señor Melgar. Eso es escandalosamente anticristiano. Todos los hombres descendemos de un mismo progenitor, tenemos el mismo origen; entre el siervo y el libre, el judío y el gentil, entre el blanco y el negro no existen diferencias ante la Religión Cristiana; para el cristianismo no hay hombres mulos; hay hombres de alma inmortal, llamados a un mismo destino, a reinar en el cielo. El señor Melgar preconiza ahora las realidades del mundo del otro lado de la Cruz, co-

de que me echaran a la pata; cuando estuve completamente sofocado, caí, y un mozo se me sentó en el pescuezo; me agarró una oreja con la mano izquierda; y, con la derecha, me asió de las quijadas y me levantó el hocico con lo cual, aunque me quedó libertad para patear, no pude levantarme.

El mismo día en que esto sucedió, vi derribar yeguas y potros de otras dos maneras. Habían venido a la hacienda unos *vaqueros* de Sogamoso, diestros, esforzados, ágiles, fanfarrones y petulantes, y declararon en voz alta que los vaqueros de la Sabana no sabían manejar animales. Esto picó vivamente el amor propio de los mozos de la hacienda, y uno de estos, que se llamaba Damián, dijo que iba a enseñarles a los forasteros a *barbear*.

Tenían en ese punto enlazada una potranca cerrera, y Damián se le dirigió, *yéndose por el rejo*; así con

mo si la sangre de Cristo, nuestro Redentor, no se hubiese derramado en el Gólgota por todos los hombres.

«No, señor Melgar, eso es un disparate y una herejía; esas llamadas razas inferiores tienen derecho a todo lo que tengan las consideradas superiores, porque su Padre es el nuestro y su fin último nuestro fin, y la Iglesia, que execra a los que los han tenido en esclavitud y seryidumbre, condena más duramente, si cabe, a los soberbios que los ponen al nivel de las bestias.»

Entonces, nuestro defensor quitando bruscamente el embudo volteriano, detras del cual escondiera, por algunos instantes, su alma profundamente cristiana, suelta la risa y explica:

«Los Carlos-luteranos cayeron en la emboscada que les tendí.

Indignado por la mala fe con que acusaban a los aliados de barbarie por utilizar las tropas de color en sus ejércitos y convencidísimo de que si les atacaba de frente en ese terreno sólo conseguiría exasperarles y darles pie para que exagerasen sus injurias contra los infelices amarillos y negros, recurrí a la estratagemma de forzar la nota y de rebajar a estos últimos poniéndolos al nivel de las bestias (como ellos hacían).

En efecto, han tragado el anzuelo.

Retiro, pues, el cebo ya que ha surtido el efecto apetecido, y que el pez lo ha tragado, y me vuelvo a los carlos-luteranos para decirles:

Quedáis imposibilitados en adelante para hacer el menor cargo a los aliados por el empleo de las tropas de color. Los que componen estas son de nuestra misma estirpe. El vilipendiarles es preconizar la realidad

la zurda la oreja izquierda del animal; y, con la mano derecha, le agarró la quijada y se la torció levantándola al mismo tiempo que tiraba de la oreja hacia abajo. La potranca perdió el equilibrio, cayó, y Damián se le sentó en el pescuezo. Los forasteros miraron esa hazaña con el mayor desprecio. Enlazaron una yegua cerrera y aseguraron el rejo en el bramadero; uno se acercó a la yegua le agarró la oreja izquierda con su mano del mismo lado; le echó la pierna derecha por encima del lomo; y, mientras el animal corcoveaba, con la diestra le tomó la quijada y le volvió el hocico hacia arriba; la yegua vino al suelo, y el vaquero le quedó sentado encima del cuello sin haber soltado ni la oreja ni la quijada.

Ahora filosofemos un poco. El caballo ha sido hecho para vivir con el hombre y para servile: así lo prueban la facilidad con que se do-

FOLLETON DE «ECO DE ORIENTE» 4

EL MORO

Por José Manuel Marroquín
Autobiografía de un potro sabanero.

CAPÍTULO I.

Me levanté aturdido y con los ojos turbios, y me dirigí hacia donde, más por el oído y por el olfato que por la vista, advertí que se hallaba el grupo de las yeguas. Si entonces hubiera tenido la presunción y la arrogancia que senti años después, me hubiera avergonzado de dejarme ver en la ridícula figura que hacía después del trasquilamiento. Yo no tenía en qué mirarme, pero mis compañeros de rasura me servían de espejo.

La segunda vez que me cogieron para atusarme no hubo necesidad